cuando tengo que despedirme de ti.

M. D. M.

Carta de Paris

(Especial para Eco de Oriente.)

París, 4 de Junio de 1918.

Enseñanza objetiva

Nuestros vecinos no alcanzaban a comprender la inmoralidad de sus ataques aéreos, dirigidos contra ciudades indefensas o distantes de la zona de guerra.

Las advertencias diplomáticas quedaban sin efecto. La ley escrita por ellos mismos, el código de derecho internacional en cuya elaboración colaboraron los austro-alemanes, parecía letra muerta, antigualla, digna sólo de ocupar los ocios de sus supercilicos.

Era preciso pues, hacer experimentos *in anima vili*, herir la imaginación, los sentidos....

De ahí que los aliados resolviesen el bombardeo de las ciudades que se bañaban descuidadas a la orilla derecha del Rhin, y daban palmas al oir los ayes que ocasionaba el estallar de las bombas lanzadas sobre Londres y París.

Toneladas de proyectiles

cayeron pues, sobre Mannheim, Landau, Sarrebrüch y Colonia. Murieron entonces algunos superhombres y vinieron al suelo no pocos superedificios.

El alemàn tarda en comprender las agudezas latinas; pero, no fuera mas que a las 24 horas, aquel llega casi siempre a darse cuenta de cuanta verdad encierra el hecho y el dicho que se le da a meditar.

Comprendieron

luego, o tarde, poco importa, comprendieron aunque sin haber conocido los horrores de la invasión ni los robos e incendios criminales, ni los bombardeos de toda suerte con que los suyós martirizaban sobre la tierra, en el mar y en el aire a enemigos indefensos e inermes, como la guerra no era solo comer mènos chorizos y papas, y clavar puntillas en las pantorrillas de Hindemburg.

Despertaron

del sueño hipnotizador que les hacía gozar de todo cuanto les quedara: vida, bienes y familia.

El grito de alerta fué dado por la Prensa alemana y con sólo oirlo las ciudades visitadas ya o susceptibles de recibir las tarjetas de los enemigos: Mannheim, Ludwangallafen, Pirmasens, Wimangen, Coblentz, Colonia, Laudau, Duesburg, Dusseldorf, Aix-la-Chapelle, Worns, Magdebourg, Francfort padecieron del pànico positivo y real que tratàndose de Londres y de Paris no tuvo mas existencia de la que le crearon la fantasía y el deseo teutón.

El Kaiser

padre compasivo, se lanza al telégrafo, hace vibrar los aparatos para decir cuanto lamenta la muerte de sus supersúbditos traída por vulgares mortales. El mismo se digna ofrecer sus simpatías a las familias enlutadas por los sacrificios que les impone la guerra.—Es decir la que él QUISO, ORGANIZÓ, DECLARÓ y DIRIGIÓ.

El Diputado

por Colonia ocupa la línea a su vez y se queja al Canciller de que cuando todo lo tenían previsto, esto solo, las defensas de las ciudades alemanas, haya sido descuidado.

Asesinato

declararon entonces la muerte por bombardeo cuando, émulos de Mahoma, nuestros pendencieros de mala ley, consideraban como acto de religión, la de los pasajeros del Lusitania y de tantos cuya lista cansaría recordar.

“Risum teneatis”

reíos con ganas, diríamos con el poeta, si no fuese el asunto para llorar lágrimas de sangre, el Canciller germano contestó las quejas del Diputado, significàndole que no teniendo medios para defenderse, (será que por no haber capturado cañon contraavión se hallan en la incapacidad de inventarlos?) el sistema de REPRESALIAS, era el único remedio que podía oponerse a la invasión aérea!!!

El bollo,

por grandes que sean las fauces alemanas, no pudo pasar y el susodicho diputado hizo propaganda para que se hablara con los beligerantes palabras mas humanas.

El Cardenal

Arzobispo de Colonia solicitó por conducto del Sumo Pontifice que su Sede fuese respetada siquiera el día de Corpus Christi. Los aliados por razones religiosas y humanas acataron la voz del Vicario de Jesucristo, y... ese día tronaron con mas confianza las *Berthas* enemigas.

Hemos presenciado riñas entre niños. Hemos visto a veces, nó el más débil, sí el más cobarde valerse del pasante para que parara el merecido granizo de puños que le venía encima y cuando el reconvenido sin alegar razones y acatando la autoridad se retiraba, el joven *príncipe de la paz* le decía su última palabra, a mansalva y traición .....toma.

P. T. M.

CHASCARRILO

—Yo me daba por contento con veinte mil reales.

—Pues yo, con dos cuartos.

—¿Con dos cuartos?

—Sí; un cuarto para vivir en él, y el otro para alquilarlo.

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

EL MORO

Por José Manuel Marroquín

Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XXIV

Una boda

Todo pasa, y como pasa todo, pasó la peregrinación à Chiquinquirá y pasó tiempo suficiente para que quedase olvidada y para que aquello de los amores de Jeremías llegase à su última sazón. Por más señas, yo llevé à Rosita à la iglesia el día del casorio, tan *aseñoritada* y tan peripuesta cual no la había visto nunca. Fué porque nunca se había propuesto su madrina, como se lo propuso entónces, repulirla y emperifollarla con lo mejorcito que la parroquia podía dar de sí.

Aquella época de mi vida fué señalada por las tentativas de venta ó enajenación y por los conatos de compra que repetidas veces me pusieron à dos dedos de mudar de dueño.

Testigo de las conferencias, negociaciones, propuestas y regatéos que tuvieron lugar en diferentes ocasiones; de los elogios, algo màs que exagerados, que de mí hacía mi amo; de las relaciones poco ajustadas à la verdad con que daba à entender à los que trataban de comprarme, que por mí habían ofrecido el oro y el moro, vine à enterarme de una particularidad que me chocó infinito.

La trata de bestias

D. Bernabé era un hombre bueno, bueno como el pan, que pagaba puntualmente cuanto debía, que velaba à fin de que en su casa reinasen las buenas costumbres, y que se complacía en prestar servicios, y en socorrer à los desgraciados siempre que el hacerlo no hubiera de costarle sensible menoscabo en sus intereses. Y sin embargo, siempre que se trataba de adquisiciones ó enajenaciones de bestias, no hacía escrúpulo de decir mentiras ni de callar y disimular los defectos de los animales que vendía. No tengo para qué advertir que esto que observaba en mi amo, lo observaba en casi todos los que ventilaban con él alguno de dichos negocios, así como lo había notado en muchos tratantes de caballos.

Cómo descubrí cuándo es lícito mentir y quitar lo ajeno

Aunque la religión y la moral son casos que no rezan conmigo, yo creía poseer no escasas nociones acerca de lo que ellas son, y tenía para mí que, si es malo mentir para una cosa, igualmente malo de-